

Marisa se siente orgullosa de su labor social, ya que se había dedicado por su cuenta a dar a conocer el banco de tiempo del barrio, y una mujer que necesitaba urgentemente que alguien cuidara de su hijo la había llamado.

A pesar de que acababa de quedarse dormida, el hecho de que la tal María no hubiera dudado de su benevolencia a la hora de pedir ayuda, era lo que más le había gustado, porque significaba que ella también era capaz de ofrecerla.

La vida es así, siempre necesitamos el apoyo de los demás, mientras el dinero apenas soluciona más que la cuestión de la supervivencia, y para eso no en circunstancias adversas.

En cuanto alguien enfermaba de nada le servían las propiedades materiales, y entonces la gente se daba cuenta de que había perdido su tiempo, aunque en muchos casos era demasiado tarde.

Para ella la vida no era más que cuestión de tiempo y movimiento.

Había dos modos de vivirla, bien con autonomía y libertad, o bien inmovilizados y vendiendo nuestro tiempo vital a cambio de un sustento como en los tiempos más oscuros de la humanidad.

En el fondo le parecía que poca diferencia existía entre el feudalismo y el capitalismo, ya que ambos consistían en una servidumbre absoluta.

Básicamente la diferencia radicaba en que ahora los cuerpos de los esclavos se encontraban limpios y bien alimentados.

Pero los siervos de la gleba actuales no se conformaban con comer y ducharse, sino que la sociedad de consumo les obligaba a acicalarse de los pies a la cabeza, como si el hecho de parecer soberanos les convirtiera en uno de ellos.

La moda, por ejemplo, le parecía un arma más del dominio ejercido por el poder para subyugar a las masas.

Ella, que se vestía con la ropa que compraba en un puesto del rastro a un euro, sabía que se podía prescindir de ir a la última para vivir.

En cuanto a cremas, nunca le habían hecho falta ya que su piel era perfecta.

Ni siquiera había tenido acné durante la pubertad, aunque eso lo achacaba a que a los quince años había comenzado a hacer el amor con su profesor de latín, y quizá por eso su piel no había tenido la necesidad de sobreengrasarse para atraer sexualmente.

Las arrugas, otra gran fobia irracional de nuestro tiempo, le parecían hermosas.

Su apariencia, por cierto muy buena, no le preocupaba en absoluto porque vivía centrada en cuestiones ajenas a sí misma.

Sin duda la maldición del espejo mágico se trataba de una trampa que finalmente convertía a las personas en seres tan odiosos como la bruja del cuento.

Pero en la actualidad los príncipes se encontraban tan aletargados que las princesas se hacían viejas antes de que uno de ellos la hubiera besado con el ardor suficiente para liberarla de los pesares de la cenicienta moderna.

Así las bellas vagaban por un lado y los bestias por otro sin encontrarse, pues se habían vuelto ciegos para lo esencial.

Además mantenía que esta ceguera narcisista provocaba a nivel metafísico que el verbo parecer se encarnara en el ser haciéndolo perecer.

Y así se aniquilaban todas las cualidades humanas que entrañaban bondad, como el idealismo, el sacrificio, la dadivosidad o la abnegación; mientras la maldad en todas sus formas se adueñaba del género humano sin piedad.

En este caso, ya que nadie le pagaba por difundir la existencia de los bancos de tiempo, y ni siquiera lo registraba como una labor que pudiera ser recompensada mediante algún otro servicio, se siente como un caballero que acaba de enfrentarse a la vileza y adquirido un gramo más de nobleza para atesorarla en su corazón.